



Pensamiento Crítico Latinoamericano

Conceptos Fundamentales

RICARDO SALAS ASTRAIN
COORDINADOR ACADÉMICO

Volumen II

Ediciones Universidad Católica Silva Henríquez



LATINOAMÉRICA - IBEROAMÉRICA INDOAMÉRICA

Hernán Neira

Chile

Palabras Clave

FILOSOFÍA LATINOAMERICANA - HISTORIA DE LAS IDEAS
- NUESTRA AMÉRICA - PRIMER MUNDO/TERCER MUNDO
- CULTURA - CULTURA POPULAR - IDENTIDAD - MESTIZAJE -
INDIGENISMO - MODERNIDAD - SIMBOLISMO - IMAGINARIO
ESCATOLÓGICO/UTÓPICO - UTOPIA - HISTORIA
- ANTROPOLOGÍA - PSICOLOGÍA

INTRODUCCIÓN

La realidad geográfica llamada en la actualidad América es muy anterior a 1492. Sin embargo, el concepto de América es mucho más reciente y, por extraño que pueda parecer, no corresponde tanto a una realidad geográfica y telúrica, sino a una realidad cultural que se inicia sólo después del desembarco de Colón. Para que el concepto de América fuese posible, previamente hubo de darse una serie de condiciones, que son de dos tipos. Por un lado, se trata de condiciones científicas, que conciernen a la historia de las ideas y de la filosofía; y, por otro, se trata de condiciones psicológicas, relativas a cómo ha sido vivido y cómo se constituyen los distintos conceptos relacionados con el continente por medio de la experiencia cotidiana que se tiene en y sobre un territorio cuyas fronteras culturales no equivalen exactamente a las culturales.

LOS COMIENZOS: DE LAS YNDIAS A AMÉRICA

O'Goorman ha tratado de determinar cuándo y cómo los europeos tuvieron una conciencia clara de lo que América era en contraposición a lo que los conquistadores pensaban que era: "La consideración fundamental y más fecunda para aproximarnos a la realidad del pasado americano ... es la que se anuncia en la idea de la incorporación de América a la Cultura Occidental"¹. O'Goorman estudia aquello que los escolásticos llamaban la adecuación entre el intelecto y la realidad, partiendo del supuesto de que la adecuación es posible. Deja de lado el tema general de la representación y la posibilidad de que América sea una entre las muchas representaciones que se ha dado del continente, sin que ninguna de ellas sea más real que la otra.

El concepto de América no se identifica únicamente con la historia de los hechos allí ocurridos, sino tam-

bien con la historia de los paradigmas que hacen entrar dicha idea en el campo de los objetos pensables y sobre todo experimentables por europeos y americanos. Para que una experiencia americana surja, es necesario, desde el punto de vista epistemológico, que se acepte que cabe un tipo de experiencia de vida que es distinta del tipo de experiencia conocida en Europa. De hecho, esto es, desde ya, un problema científico-filosófico: ¿da lugar la experiencia americana a hechos o experiencias que no sean reductibles a, por ejemplo, la experiencia europea? Al respecto, las opiniones son muy divergentes. Hay quienes piensan —probablemente con razón— que lo americano no es identificable a lo europeo, de forma que en América se puede desarrollar una vida y también una cultura que, sin desconocer los vínculos con las demás culturas del mundo, no sea equivalente a ninguna de éstas, sin que eso signifique identificar la cultura americana con el indigenismo.

Al descubrirse que América no era el lugar idílico que algunos exploradores creyeron, desaparece en el pensamiento europeo la idea de “paraíso terrenal”, que permitía insertar un elemento transcendente, un elemento de la divinidad y de su providencia, en la tierra. Al adquirir conciencia de que se ha llegado a un continente desconocido para los europeos, pero continente al fin y al cabo, Europa se aleja de Dios. El concepto de América permitió que ambientes intelectuales, de exploradores y universitarios europeos, que mayoritariamente no tenían una experiencia directa del Nuevo Mundo, adquirieran una imagen unitaria de una multitud

de experiencias hasta entonces parciales: informes de pueblos indígenas muy diversos, pinturas, relatos, etc., podían, por fin, ser atribuidos a un solo origen: América.

Hasta donde se sabe, los amerindios no tenían ninguna palabra ni ningún concepto para designar la unidad geográfico-cultural americana, unidad que las leyes españolas “de indias” dieron al continente, sin por ello saber cuál era su contenido. A diferencia de la mayoría de las toponimias, que muchas veces se identifican con la geografía, la historia o la cultura de un pueblo, el nombre de América no se identificaba ni con la vida nativa ni con la española. Ninguno de los nombres que ha recibido el continente americano se identifica con sus características geográficas. Los nombres de *Hispanoamérica*, *Latinoamérica*, *Iberoamérica* o *Indoamérica*, más que identificarse, tienden a ocultar una realidad etno-cultural irreductible al significado de dichos sustantivos. Tal vez se deba al fenómeno, tan inadvertido por los europeos, de que América, por su variedad, incluso dividida en una América del Norte y otra del Sur, no es reductible a una unidad conceptual, aunque sí lo sea a una unidad lexicográfica. De ello se desprende una doble consecuencia: la primera es el contenido y fronteras encerradas en el concepto de América y de Hispanoamérica; la segunda, es la libertad de la que gozaban los cartógrafos y exploradores para atribuirle arbitrariamente, sin relación alguna a la realidad geográfica o cultural, distintos nombres. Puesto que se le supone un continente virgen, sin nombre autóctono, cada vocablo con que se designa a América, lleva una marca

européa. Esta marca, puramente lingüística y sin referencia a una marca geográfica, no tiene más limitaciones que las impuestas por el sistema de pensamiento de quienes atribuyeron nombres a América.

El nombre de *América* fue atribuido por los cosmógrafos del siglo XVI, no para designar algo conocido, sino un continente inmenso del que ni siquiera se habían visto todas sus costas. La diferencia entre el paradigma colombino (*Las Yndias*) y el paradigma posterior (*América*) reside en la aceptación de que la tierra encontrada no coincide con aquella que se buscaba ni con aquella descrita en los libros conocidos. La unidad proporcionada por el concepto de América es, al mismo tiempo, una renovación del pensamiento, una invención.

Visto desde el punto de vista discursivo, el paso de un paradigma de las "Yndias" al de América supone la aceptación de que la narración no agota la realidad de lo narrado, y que existe un contenido extranarrativo que el concepto de Yndias no logra captar. En otras palabras, la noción de *América* suponía o incorporaba en sí misma la presunción de que había algo desconocido que ella misma no lograba incorporar. Para que los límites exteriores de ese contenido puedan ser mostrados, se requirió de nuevas categorías narrativas y conceptuales, que serán las que surjan tras América Vespucio, viajero que sirvió de base para nombrar las tierras por él exploradas. No es que esas nuevas categorías permitan por sí mismas abarcar la amplitud del continente, pero, al menos, permiten aceptar que tal vez lo esencial de él permanece descono-

cido. Hablar de América, en el siglo XVI, suponía aceptar la existencia de una *terra incognita* en la superficie del planeta y, sobre todo, de una *terra incognita*, y no pequeña, en el campo de los conocimientos y de la narración teológico-científica de la época. América fue, en la época de Vespucio, el equivalente a un hoyo negro para los astrónomos de nuestra época: una forma de designar aquello de lo cual la única información que se tiene es la de no tener información. Aunque ambas tierras, las Yndias y América, se sitúen en la superficie terrestre y aunque sus límites geográficos coincidan, las Yndias se hallaban en un cosmos epistemológico distinto de aquél donde se situó posteriormente a América. La existencia en ultramar de ese Nuevo Mundo, intelectual tanto como geográfico, coincide en muchos aspectos con la aparición de un nuevo mundo científico en Europa.

LATINOAMÉRICA

A partir del siglo XIX el término "Latinoamérica" ha comenzado a ser usado con la finalidad de defender una idea nacionalista y anticolonialista del continente. Ahora bien, esa pretensión resulta vana, pues esconde, sin que muchas veces lo sepan quienes lo utilizan, un proyecto epistemológico y político extracontinental. Llamar "América Latina" a América ha servido para reivindicar a ciertos pueblos y naciones del Nuevo Mundo contra la creciente influencia de los Estados Unidos. Sin embargo, con dicho término se olvida que lo latino excluye lo indígena y lo negro y que el concepto esconde una pretensión neocolonial

européa. La idea de Latino-América se origina en Francia durante el régimen de Napoleón III, quien entre 1861 y 1867 intervino militarmente en México para sustraer las antiguas colonias españolas a la cada vez más poderosa influencia inglesa y estadounidense. Una de las circunstancias que dio autoridad al concepto, fue la publicación, en 1862, de un *Recueil complet des traités*², que recopilaba los principales tratados y constituciones americanas, cuyo autor fue Carlos Calvo, “Encargado de Negocios ante las Cortes de Francia e Inglaterra”. Calvo dedica su libro a Napoleón III, “como expresión de gratitud de todos los pueblos de raza latina”, y en razón de que “Su Majestad Imperial es el soberano que mejor ha comprendido la importancia de la América Latina”³. El Emperador responde, por medio de su ministro de asuntos exteriores, que la obra le parece de verdadero interés. En efecto, nada tan apropiado como el libro de Carlos Calvo, diplomático latinoamericano, para avalar las pretensiones de Napoleón III, quien entonces se proponía constituir una entidad que agrupara a los pueblos latinos, es decir a los americanos descendientes genética y lingüísticamente de los españoles, de los portugueses y de los italianos. Bajo hegemonía francesa, trató de constituir una América que no fuera ni hispánica ni anglosajona. Su ideólogo, Michel Chevalier, había expuesto así el proyecto:

“Francia, heredera de las naciones católicas europeas, lleva a América y al mundo entero la antorcha de las razas latinas, es decir francesa, italiana, española y portuguesa... Sin embargo, si no se tiene

cuidado, la decadencia que ha afectado a Italia, España y Portugal, en resumen a las naciones católicas y latinas de Europa, arriesga acentuarse en provecho de las naciones cristianas disidentes —Rusia, Prusia y Turquía— al menos que una nueva alianza bajo el báculo de Napoleón III las regenere. Porque, más allá de los mares, del Atlántico y del Pacífico, el ascenso de las naciones protestantes y de la raza anglosajona es tanto más evidente que en América, ni Brasil ni Cuba, están por sí solos capacitados para contrabalancear la influencia de los Estados Unidos. Es tiempo de unirse en Europa para ayudar a las naciones ‘latinas’, hermanas de América, para encontrar esta vía de progreso que Francia ha descubierto por sí misma y sostener eficazmente primero México para impedir la expansión de los Estados Unidos”⁴.

La idea de la “latinidad” de América Latina tuvo una acogida dispar, aunque el tiempo inclinó la balanza a su favor. Sin embargo, en el resto de Europa, en particular en España y en Alemania, el término fue rechazado. En “Latino-América”, aunque por motivos diferentes, la buena acogida que dieron al concepto ciertos estadistas y pensadores encontró la oposición de algunos intelectuales conservadores. En los tiempos actuales, el mucho insistir en la “latinidad”, ignorando el origen del concepto, puede ser un modo tan exquisito como inconsciente de proclamar el pretendido carácter irreflexivo e infantil de “Latino-América”.

Nacido de una ambición hegemónica gala, que pasa desapercibida en el Nuevo Mundo, ha suplantado con éxito al de hispanoamérica. La latinidad de América, en tanto concepto, excluye los componentes indígenas y negros del continente. Extraña paradoja, que contribuye, como tantos otros términos utilizados por la historiografía y la sociología, a velar el hecho de que al menos una parte importante de la consciencia de sí americana es reflejo de la consciencia que Europa tiene de América. Una parte de América, cuanto más se busca, más se ve a sí misma como la ven los otros y reivindica para sí esa imagen. La idea de Latinoamérica difícilmente hubiera recibido tanto eco sin la voluntad francesa de extender su influencia sobre las antiguas colonias españolas en un momento en que éstas, ya independientes, miraban a Inglaterra. El término de Latinoamérica surge en la lucha contra el imperialismo estadounidense o español, pero necesita aliarse con un proyecto imperial francés para alcanzar la dignidad de concepto geopolítico. También hoy ciertas autoridades españolas, cuidadosas de no herir susceptibilidades en declaraciones y viajes oficiales, utilizan la palabra *Latinoamérica* al hablar de sus antiguas colonias. Desde 1492, se mira el Nuevo Mundo como quien mira un drama cuyo guión ha sido predefinido y en el que se reúne, bajo el nombre de *Latinoamérica*, lo que en la vida diaria es una multitud de caracteres irreductibles e imposibles de identificar con la sola latinidad, el solo mestizaje o el solo indigenismo. *Latinoamérica* es un nombre que se aplica a una supuesta unidad geográfico-cultural, unidad cuya existencia es bastante discutible, pues en ella más

bien se constata diversidad cultural y geográfica.

Uno de los motivos del éxito del concepto de Latinoamérica en relación con el de Hispanoamérica reside en que, aparte de permitir distinguir entre un continente anglosajón y otro "latino", se oculta la responsabilidad de las naciones americanas en el despoblamiento indígena. Las naciones americanas buscan, así, evitar sentarse en el banquillo de los acusados en el que, por su parte, éstas desearían, a veces, sentar a España. Ahora bien, ni las actuales generaciones europeas ni las actuales americanas son responsables de lo que hicieron sus antepasados. La responsabilidad penal o civil no se hereda, lo que no significa que no haya ámbitos políticos en los que la situación de algunas comunidades indígenas no requiera mejoría. Asimismo, las naciones americanas podrían, con gran enriquecimiento político, aceptar que la diversidad de comunidades al interior de las fronteras nacionales es un bien común de cada país, bien que debe ser defendido. Sin embargo, ya sea desde el punto de vista moral o desde el punto de vista científico, no hay motivo alguno para preferir el concepto de Latinoamérica al de Hispanoamérica, pues mientras éste supone la destrucción de los elementos nativos o los integra en proporción minúscula, el de Latinoamérica los margina o excluye del mismo modo.

AMÉRICA PRIMITIVA, AMÉRICA VIRGEN

Hagamos ahora una consideración filosófica. Para Rousseau,

el fundador de la sociedad civil fue el primer hombre que dijo “esto es mío” (*ceci est à moi*). Hasta entonces, no existía trabajo ni escasez: “los productos de la tierra proveían (al hombre salvaje) todos los socorros necesarios”. Para Rousseau -al igual que para de Las Casas con relación al indígena americano- este hombre natural, “el hombre salvaje”, cuando ha comido, “está en paz con toda la naturaleza, y es amigo de todos sus semejantes”⁵. Según Rousseau, lo superfluo caracteriza al hombre civil, es decir, caracteriza al hombre en la historia, obligado a acumular aquello que no es de uso inmediato para subsistir al invierno siguiente y/o para manifestar su rango social. Ahora, lo que hicieron los españoles al llegar a las Indias, fue justamente, en términos eurocentristas, fundar la sociedad civil al decir “esto es mío” en nombre del rey, y acumular riquezas para intercambiarlas por fuerza de trabajo o mercancías.

América, sin embargo, nunca fue virgen. Antes de la llegada de los europeos, vivían en su suelo multitud de pueblos altamente organizados, que ejercían su dominio sobre la naturaleza y la sociedad de modo semejante, aunque no igual, al de los europeos. Hay abundantes testimonios del ejercicio del poder político en América mucho antes de Colón, con los conflictos y violencias comunes a dicho poder. También hay testimonios arqueológicos que ligan la desaparición del mamut en el sur de Chile a la caza practicada por pueblos paleo-indígenas al final de las glaciaciones. En otras palabras: las relaciones con los demás miembros de la sociedad y con la naturaleza tenían en América

un desarrollo similar, en cierto sentido, al que tenían en Europa.

El supuesto de la virginidad de América, además, no ha sido útil para ella, sino para quienes, en lugar de desposarla, tal vez quieran ejercer el tutelaje del padre. Pero “Latino-América” no es ni ha sido virgen, ni joven, y su espíritu no es ni más ni menos exaltado que el de las naciones septentrionales. Las guerras entre países latinoamericanos, o al interior de ellos mismos, a pesar de toda su crueldad, son relativamente escasas si se comparan con el despliegue que el Viejo Mundo manifiesta con frecuencia en el mismo sentido. Argentina, Chile y Perú son más viejos que Bélgica, y las disputas étnicas o fronterizas del Nuevo Mundo no son ni han sido mayores que muchas de las que ha habido o hay en Europa.

Hay, en la actualidad, autores que sostienen, dentro y fuera del continente, que Latinoamérica sigue siendo inmadura, sentimental y emotiva², lo que legitima la tutela económico-ideológica con que algunos de los países del Norte quieren “educar” a los del sur. Se trata de una nueva forma de colonialismo cuyos orígenes se sitúan en 1492. Entre los autores españoles coloniales, Francisco de Vitoria es uno de los pocos que escapa a ese paternalismo al ver en los pueblos amerindios naciones soberanas, verdaderas **sociedades** capaces de autogobierno y, por lo tanto, de legítima resistencia al ocupante. Según Montesquieu y Rousseau los pueblos del norte, —germanos y anglosajones— serían pueblos de sangre fría y de razonamiento serio, que se supone viven y se rigen mediante leyes estrictas, maduras y

responsables. En cambio, los pueblos latinos que habitan las regiones del sur, cercanas al Mar Mediterráneo, y en general los pueblos indígenas que se supone viven en las regiones cálidas de América, vivirían inorgánicamente y expresarían sus sentimientos sin mediaciones ni censuras. Para ello utilizaría lenguas melódicas y cantantes, cercanas a la inmadurez del impaciente e inorgánico grito infantil. Impregnados de este pensamiento de Montesquieu y de Rousseau, muchos patriotas heredaron la teoría de la inmadurez de América. Simón Bolívar, en Angostura, apoyándose en Montesquieu, se muestra partidario del determinismo del clima y de la tierra sobre la naturaleza de las leyes. Al reflexionar sobre el tipo de constitución que conviene a Venezuela, afirma:

“¿No dice *El Espíritu de las leyes* que éstas deben ser propias para el pueblo que se hacen? ... ¿que es una gran casualidad que las de una nación puedan convenir a otra? ¿que las leyes deben ser relativas a lo físico del país, al clima, a la calidad del terreno, a su situación, a su extensión, al género de vida de los pueblos?”⁶.

En Septiembre de 1815, Bolívar afirmaba:

“El americano del sur vive a sus anchas en su país nativo; satisface sus necesidades y pasiones a poca costa; montes de oro y plata le proporcionan riquezas fáciles con que obtiene los objetos de la Europa. Campos fértiles, llanuras pobladas de animales, lagos y ríos cauda-

losos con ricas pesquerías lo alimentan (al americano) superabundantemente, el clima no le exige vestidos y apenas habitaciones; en fin, puede existir aislado, subsistir de sí mismo y mantenerse independiente... El indio es de carácter tan apacible que sólo desea el reposo y la soledad”⁷.

Ya se llame a las tierras donde desembarcó Colón, *Yndias*, *Nuevo Mundo*, *América*, *Hispanoamérica* o *Latinoamérica*, se trata en todos los casos de denominaciones formadas fuera de las fronteras continentales. Los americanos que en cada época han asumido uno u otro término como suyo, se ven confrontados al hecho de no ser dueños de la noción de América ni de sus distintos derivados conceptuales. De ahí la paradoja y la dificultad de buscar las raíces del continente tratando de circunscribirlas a los límites geográficos de éste, pues, si bien los límites geográficos son los circunscritos por la tierra que separa al océano Atlántico del Pacífico, los límites y las raíces conceptuales son centrífugas, extracontinentales y trasatlánticas. En América se da una disparidad entre la consciencia inmediata de sí, ligada a la tierra, al clima, y la consciencia reflexiva, ligada a sistemas de pensamiento europeo. Éstos han constituido la unidad conceptual y lexicográfica que representa al continente a partir del exterior de éste: América es el continente cuya consciencia reflexiva de sí es exterior a sí. No sólo las denominaciones del continente constituyen en objeto lo que en la vivencia de los americanos difícilmente puede ser objeto, sino

que la consciencia **reflexiva** más “propia” de América es aquella que le viene de fuera: la exterioridad de América es la marca fundamental de su interioridad.

AMPLITUD Y APERTURA DE LO AMERICANO

Todos los Latino-Americanos son inmigrantes, desde el coreano que acaba de llegar al Paraguay o a Chile hasta el primer pueblo amerindio. También las sucesivas oleadas de pueblos nativos hubieron, en algunos casos, de abrirse camino mediante guerras. Ciertamente, ellas no son comparables al exterminio masivo de culturas y pueblos llevado a cabo por los europeos. Sin embargo, las responsabilidades que pesan en relación a la población indígena, hoy, recaen más sobre ciertas naciones criollas que sobre las antiguas metrópolis. Latino-América es una tierra esencialmente abierta, y esa apertura forma parte de su propia identidad: sus raíces son centrífugas, intra y extracontinentales. Pero si “Latino”-América es centrífuga y abierta, si falta en ella unidad, si se la mira como cultura inofensiva e infantil, no se debe sólo al hecho de que haya sido pensada desde afuera ni que se encuentre en una etapa infantil cuyo modelo de adulto es Europa. Los primeros americanos distribuyeron sus **civilizaciones** por tierras inmensas, desde hace más de treinta mil años, y se desarrollaron de forma dispersa en comunidades relativamente aisladas. Su forma de poblamiento ha consistido esencialmente, desde el primer hombre que atravesó el estrecho de

Behring, en sucesivas oleadas más o menos heterogéneas, entre las cuales quizás haya tanta separación temporal, y a veces cultural, como la que pueda existir entre Eric el Rojo y Cristóbal Colón. Esa disgregación, ese saber que se vive en medio de culturas distintas y diferentes es un rasgo de la vida indígena y de la apertura esencial que demostraron los nativos, en muchos casos, a los europeos. La referencia que Latinoamérica hace a lo externo no es algo nuevo ni que date de 1492, sino que existía ya en los tiempos precolombinos. Al emperador Moctezuma no lo perdió la duda, sino, al contrario, la confianza en presagios y creencias tradicionales que le exigían **devolver** pacíficamente México a los **extranjeros** que vendrían de Oriente. En efecto, según la crónica indígena, Moctezuma dice a Cortés: “has arribado a **tu** ciudad (...) llega a la tierra: ven y descansa; toma posesión de **tus** casas”. Esas palabras son la base contemporánea de lo americano. Lo que hoy se llama *América* o incluso *Indoamérica* hace imposible ser extranjero; América tiene como uno de sus rasgos fundamentales la apertura y la capacidad de incorporar lo proveniente desde lugares muy lejanos geográfica o temporalmente.

América, Iberoamérica, Latinoamérica, Indoamérica, Hispanoamérica e Yndias son conceptos defectuosos que dejan fuera de su campo epistemológico aspectos importantes del continente. Ninguno de ellos es neutral y su uso supone asumir perspectivas filosóficas: es trabajo de la filosofía profundizar los fundamentos y alcances que cada uno de ellos tiene.

NOTAS

- 1 O'Goorman Edmundo, *Fundamentos de la Historia de América*, México, Imprenta Universitaria, p.VII (El subrayado es nuestro).
- 2 Calvo Carlos, *Recueil complet des traités*.
- 3 Citado por Martinière Guy, *Les Amériques latines*, p. 36.
- 4 Chevalier Michel, "Le Mexique ancien et moderne", París 1983. Cité par Martinière Guy, *Les Amériques latines*, Grenoble, Presses de l'Université de Grenoble, 1978, p. 37.
- 5 Rousseau J.J., *Essai sur l'origine des langues*, chap.13., Bourdeaux, Nizet, 1986; y Montesquieu, "L'esprit des lois, livre XV", en *Oeuvres complètes*, Paris, Seuil 1980.
- 6 Bolívar Simón, *La Esperanza del Universo*.
- 7 Bolívar Simón, *Ibid.*, p. 118.

BIBLIOGRAFÍA

- Ainsa, Fernando: *Identidad cultural de Iberoamérica en su narrativa*; Madrid, Gredos, 1986.
- Bolívar, Simón: *La Esperanza del Universo*, París, Ed. Unesco, 1983.
- Borges, Jorge Luis: *El Escritor Argentino y la Tradición*, 1932.
- Calvo, Carlos: *Recueil complet des traités*, París, Librairie Durand, 1862.
- Dussel, Enrique: "Del Descubrimiento al desencubrimiento", en *Concordia* 10 (1986) pp. 109-116.
- _____ : *El encubrimiento del otro. Hacia el origen del mito de la modernidad*, Madrid, Nueva Utopía, 1992.
- León-Portilla, Miguel: *Crónicas indígenas: visión de los vencidos*, Madrid, Ed. Historia, 1985.
- Lora Risco, Alejandro: *Estructura fenomenológica de la historia de América*, Santiago, Ediciones Mar del Plata, 1992.
- Martinière, Guy: *Les Amériques latines*, Grenoble, Presses de l'Université de Grenoble, 1978.
- Mayz Vallenilla, Ernesto: *El problema de América*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1959.

- Mix, Miguel Rojas: "Noción de América Latina", en *Revista Araucaria*, Madrid, N° 47-48 (Abril), 1989.
- Montesquieu: "L'esprit des lois", en *Oeuvres complètes*, Paris, Ed. Du Seuil, 1980.
- Neira, Hernán: "La idea de origen en el concepto de América", en *Revista Araucaria*, N° 47-48, 1989, Madrid.
- _____ : "El espejo del olvido, ensayos americanos", Dolmen Ediciones, Santiago de Chile, 1997.
- O'Gorman, Edmundo: *La invención de América*, México, FCE, 1957.
- Zea, Leopoldo: *América como conciencia*, México, UNAM, 1983.
- _____ (ed.): *América Latina en sus ideas*, México-Paris, Siglo XXI-UNESCO, 1986.
- _____ : "Identidad e integración", en *Descubrimiento e Identidad latinoamericana*, México, UNAM, 1990.
- _____ : *Latinoamérica Tercer Mundo*, México, Extemporáneos, 1977.